

EL MUNDO ARABE CONTEMPORANEO

■ Conferencias del Rector de la Universidad Autónoma de Madrid,
Pedro Martínez Montávez

«El mundo árabe del Próximo Oriente está viviendo ahora un momento potencialmente más peligroso que nunca: el neoconservadurismo creciente, que se explica por el fracaso parcial de los regímenes socialistas, tiene pocas garantías de arraigo y consolidación, si no resuelve, por un lado, el principal problema político del mundo árabe —el problema palestino— y las exigencias sociales de la comunidad árabe, superando el dilema arcaísmo-modernidad mediante una absoluta revolución social que ponga fin a las terribles diferencias sociales que existen hoy», ha dicho Pedro Martínez Montávez, Rector de la Universidad Autónoma de Madrid y catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la misma, en el curso que sobre «El mundo árabe contemporáneo» ha impartido el pasado febrero en la Fundación Juan March.

Ofrecemos a continuación un resumen del mismo, integrado por cuatro lecciones: «El fenómeno colonial en el mundo árabe», «El ensayo de las fórmulas nacionales», «Las revoluciones imposibles» y «Balance y perspectivas».

El mundo árabe actual es un mundo postcolonial muy reciente. En un período breve —últimos años del siglo XIX y primer tercio del XX— se produce la expansión colonial de Occidente por el norte de África —Magreb y Egipto— y por el Próximo Oriente.

A comienzos del siglo actual, puede decirse que se ha consumado el reparto de África entre Francia y Gran Bretaña, adueñadas, respectivamente, de Argelia y Egipto. En 1960 sólo quedará Argelia como núcleo colonizado, hasta que en 1962 alcanza su independencia. Sin embargo, puede afirmarse que la descolonización del mundo árabe, en un contexto general, no ha terminado todavía. El último país que ingresó en la Liga



*PEDRO MARTINEZ MONTAVEZ nació en 1933 y es, desde 1971, Catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y Rector de la misma desde el pasado año. Anteriormente fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad y catedrático de la de Sevilla. Ha ejercido la docencia en la Universidad de El Cairo y ha sido Director del Centro Cultural Hispánico de esta misma capital egipcia. Desde su creación, dirige el Departamento de Arabe e Islam de la Universidad Autónoma de Madrid, el Instituto de Estudios Orientales y Africanos y la revista **Almenara**, única publicación científica española sobre el mundo árabe moderno y contemporáneo. Ha publicado numerosos estudios sobre la cultura y literatura árabes contemporáneas.*

de Estados Arabes —el Yibuti— lo hizo en 1977.

EL IMPACTO COLONIAL

El fenómeno colonial alteró profundamente al mundo árabe en su realidad económica hasta el punto de que aún sigue dependiendo del beneplácito europeo. No hay prácticamente ninguna iniciativa local importante

y sólo algunos centenares de musulmanes privilegiados participan en ese reparto económico manejado por grandes propietarios que imponen allí empresas comerciales extranjeras. Hay que distinguir tres formas fundamentales de colonización en el mundo árabe: la forma de penetración económica *argelina* que implantó Francia, y que fue la más radical e incisiva; la *egipcia*, impuesta por Gran Bretaña, consistente en la potenciación de una industria nacional —el algodón— ya fomentada en la colonia desde antiguo; y la manera petrolífera o *árabe*, en el área del Próximo Oriente (Irak y península arábiga) caracterizada por el descubrimiento y explotación al máximo del petróleo local por empresas occidentales.

El fenómeno colonial causó también hondas transformaciones en el terreno social, permitiendo el desarrollo de una importante burguesía como grupo de presión social homogéneo. Esta burguesía imita a la occidental y es más liberal que revolucionaria. En su seno tendrá notable relevancia la faceta militar.

En el contexto cultural, hay una diferencia: frente a la actitud de claro enfrentamiento y hostilidad política característico de toda lucha por la independencia, el mundo árabe, en esa etapa de fines del XIX y primeros del XX, se va a mover guiado por una voluntad de captación y asimilación de los valores culturales occidentales.

Esta actitud imitadora, acompañada de una intención didáctica y reformista, va a ser mantenida por el mundo árabe contemporáneo en sus diversas etapas de desarrollo.

FORMULAS NACIONALES

En el nacionalismo hostil bélico se distinguen claramente tres movimientos independentistas, con características propias: Argelia, Egipto y Siria. De ellos el más largo y complejo va a ser el argelino —casi un siglo y medio—, seguido del egipcio, que durará unos cincuenta años, y del sirio, el más reciente, de un cuarto de siglo.

La complejidad del movimiento nacionalista argelino viene dado por la propia naturaleza del país, por sus fuertes contrastes sociales entre campo-ciudad y costa-interior, unido a la firme y dura represión francesa que pretendía hacer de Argelia una pro-

vincia ultramarina de Francia. El movimiento de liberación egipcio es principalmente de índole burguesa, y posee un claro entronque con el liberalismo europeo. En cuanto a Siria, el movimiento nacionalista de liberación surge de la gran decepción nacional del mundo árabe, al fracasar la Gran Revolución Árabe contra el Imperio Otomano.

La tendencia nacionalista árabe, como esfuerzo teórico, tiene sus gérmenes en un movimiento también simultáneo al fenómeno colonial, desde finales del siglo pasado. Este esfuerzo de teorización intelectual se hace también, en buena parte, a partir de modelos europeos. La característica principal del movimiento nacionalista árabe es el pluralismo de dialécticas. No hay un solo camino ni una sola fórmula de nacionalismo árabe, sino controversias plurales. En primer lugar, la oposición entre nacionalismo global o integrador —panarabismo— y los diversos nacionalismos locales origina un marco de fuerzas de aproximación y de desintegración. Otro ámbito dialéctico importante en la acuñación del pensamiento nacionalista árabe es el enfrentamiento o entendimiento entre panarabismo y panislamismo. Aquí el occidental tiende a confundir los conceptos de árabe y musulmán y a creer que la base fundamental de la teoría política nacionalista árabe es el factor religioso, cuando no lo es del todo, o lo es sólo en determinadas zonas o épocas. Ambos movimientos son diferentes: el panislamismo se basa en el factor religioso, en lo islámico, y busca la total identidad religiosa; para los panárabes, en cambio, el factor esencial de aglutinación de los árabes es la conciencia de una historia, una cultura, una lengua comunes, la proximidad geográfica, la voluntad de ser árabe; y, en mucha menor proporción, los intereses reales inmediatos. Precisamente esta falta de pragmatismo y esa excesiva idealización han sido uno de los graves errores del pensamiento nacionalista árabe.

El propio enfrentamiento entre las potencias occidentales con relación al mundo árabe constituye un ámbito más de dialéctica; este enfrentamiento está claramente dividido en dos etapas: hasta el final de la segunda guerra mundial, será la oposición franco-británica la que influirá en la acuñación de los movimientos nacionalistas árabes; desde finales de los años cuarenta y, sobre todo desde 1955, los dos grandes protagonistas

serán Estados Unidos y la URSS, y lo siguen siendo todavía. Una cuarta dimensión de controversia es la que se da en el terreno económico. Los países árabes contemporáneos siguen supeditados a Occidente: su economía es frágil y dependiente del exterior; a ello no constituyen excepción los grandes países exportadores de petróleo.

Todas estas controversias han contribuido a que la idea nacionalista sea más una cadena de ensayos y tentativas que realizaciones concretas y estables. El nacionalismo árabe es más un hecho sentimental y potencial, y es precisamente esta característica la que sigue sustentando su optimismo de cara al futuro. Por otra parte, en contra de lo que suele creerse, no es una tendencia extremista sino sobre todo una vía intermedia, ya que se está moviendo siempre en una constante dialéctica y en una eterna solución de compromiso, que es lo que le confiere, a la vez, su fuerza y su debilidad.

A partir de los años cuarenta, se produce la creación y potenciación de diversos estados árabes con sus fronteras, que cuentan ya con un pensamiento nacionalista acuñado y con unos gérmenes de discordia y oposición que, en parte azuzados por el exterior, van a producir enfrentamientos internos intermitentes.

Es entonces cuando se plantea el problema más grave que va a tener el mundo árabe contemporáneo: la supresión de un país, Palestina, y la creación del nuevo Estado de Israel.

LAS REVOLUCIONES IMPOSIBLES

Los años cincuenta y sesenta ponen de relieve la imposibilidad de los movimientos revolucionarios en los países árabes. Dos binomios de fechas, 1952-53 y 1955-56, constituyen la clave para comprender los hechos que van a determinar los graves problemas que todavía hoy siguen afectando al mundo árabe. Se trata del vuelco del régimen egipcio, con el cambio de una monarquía a una república progresista que inicia una nueva andadura en la línea socialista, a partir de 1955-56. A partir de estas fechas, los países árabes, en el plano político, se escinden en dos grandes grupos: el de países tradicionales de regímenes viejos (Arabia Saudí, Jordania) y

el bloque moderno de regímenes nuevos y progresistas (Egipto, Irak, Siria y, a partir de 1962, Argelia). Esta escisión política del mundo árabe en dos grandes bloques se mantiene en las décadas del 50 y 60.

En el ámbito político, una vez conseguidos los objetivos de independencia, la gran meta va a ser la unidad árabe, al menos parcial, en dos bloques. Los intentos en este sentido terminan en fracaso. En 1961 se derrumba el ideal de la República Árabe Unida y, a partir de entonces, la idea de la unidad sólo ha seguido siendo mantenida por los regímenes socialistas. Además, las tentativas posteriores de unión se han debido sobre todo a mecanismos de reacción y defensa, lo que explica parte de la imposibilidad de llegar a su realización completa. En el ámbito económico, el saldo también es negativo: los dos objetivos básicos de estos regímenes socialistas —industrialización del país y desarrollo de la reforma agraria— tropiezan con obstáculos insalvables. Son países con un crecimiento demográfico de tal magnitud que las medidas económicas siempre llegan tarde.

En lo cultural, el saldo es también fragmentario, pero no deja de ser digno de alabanza ese gran esfuerzo desarrollado en la educación. En el ámbito literario, puede decirse que la cosecha ha sido importante en la lírica, algo menor en la narrativa y sigue abierta a la esperanza en el teatro.

En conclusión, lo que los regímenes revolucionarios ofrecen como saldo fundamental tras sus 20-25 años de experiencia es la comprobación de su incapacidad para superar sus contradicciones e incoherencias internas; para buscar una fórmula armónica de conjugar nacionalismo y socialismo; para plantear y realizar una revolución social total; y para resolver el problema máximo que tiene planteado el mundo árabe contemporáneo: el problema palestino.

Sin embargo, son esos regímenes socialistas los únicos que siguen alentando los grandes objetivos de la hipotética revolución árabe y en los que cabe situar las posibles esperanzas futuras.

BALANCE Y PERSPECTIVAS

En el mundo árabe actual se está asistiendo a un notable esfuerzo de

autocrítica y de revisión de errores y fallos, especialmente a partir de dos fechas claves: 1967, con la enorme repercusión negativa de la Guerra de los Seis Días, y 1973, con la Guerra de Octubre, que acabó con el *empate* en el conflicto con Israel, permitiendo a los árabes afirmarse frente a las potencias occidentales mediante la utilización del petróleo como arma político-económica.

El desastre casi imprevisible de 1967 condujo a los árabes casi a renunciar a su idea básica de unión e integración, y trajo como consecuencia una serie de reacciones —nacionalista, social, neomarxista— procedentes todas ellas del ala progresista. De ellas la más entrañable y teñida de sentimiento sea quizá la reacción nacionalista sentida por todo el conjunto de la comunidad árabe ante el problema del pueblo palestino. Se critican también las formas arcaicas de sociedad y de pensamiento —la religión y la familia— y se llega incluso a proponer una revolución total, mezcla de utopía y de intuiciones realistas, de la modernidad más avanzada, con un conocimiento más profundo de las tradiciones árabes. Incluso se llega a propugnar la destrucción total del elemento común de la sociedad árabe —la lengua— en sus esquemas y construcciones tradicionalmente mantenidos.

Procedente del ala de la derecha, del pensamiento conservador y tradicional, se desencadena otra reacción: la vuelta a lo religioso, el intento de recuperación de los valores espirituales tradicionales. Desde 1967 esta reacción islámica se ha ido incrementando e irá ocupando cada vez mayor número de puestos claves en la política. Junto a este renacer del conservadurismo, se sitúa la llamada reacción técnica, básicamente pragmática, que ha aumentado considerablemente desde 1973, fecha en la que los árabes descubren un arma terrible para su lucha con otros países occidentales: el petróleo.

El islamismo, que actualmente está mostrando en Irán (país no árabe aunque sí musulmán) la fuerza que tiene como religión de masas —y que es en lo que reside su fuerza y su riesgo—, sigue hoy buscando unas maneras de racionalización y tecnificación del hecho religioso que aún no ha encontrado (y dudo que pueda llegar a conseguir) por ser un fenómeno religioso que sigue basándose absolutamente en una concepción: la fe.

Este nuevo renacimiento del mundo islámico no da todavía el volumen que requeriría una reforma social en profundidad, necesaria para sacar al mundo islámico del subdesarrollo en el que se encuentra sumido. Se mueve tan solo dentro de los límites de unos postulados genéricos, muy poco concretados en unos programas.

El marco de posibilidades de acuerdo que se ha producido en 1978 en Camp David ha venido a desbloquear una situación y a propiciar un canal paralelo a la Conferencia de Ginebra, pero ha tropezado con un muro: su imposible puesta en práctica inmediata; y ello, porque los acuerdos de Camp David no hacen posible una mínima solución para el problema palestino. El mundo árabe contemporáneo atraviesa en el momento actual su punto quizá potencialmente más peligroso, y no podrá llegarse a ninguna solución válida mientras no se logre antes una solución aceptable para el problema palestino, a la que se llegue por una vía de negociación directa y rigurosa que no encubra mitos y engaños.

El neoconservadurismo, iniciado ya desde hace algún tiempo, que parece poder ser una opción inmediata de salida, tiene pocas posibilidades de arraigo: incluso en países que, teóricamente, habrían de recibirlo con alborozo, es acogido con una gran reserva y cautela, como el caso de Arabia Saudí. Tiene pocas posibilidades de consolidación si no resuelve el problema palestino, como símbolo principal de la dignidad y suprema aspiración árabes, y las exigencias sociales de esos países; si no acaba con las grandes diferencias, no aplica una convivencia democrática y tolerante y no renuncia a la menor veleidad de xenofobia. Si las dos exigencias —política y social— no se cumplen (y dudo que las propicie un régimen conservador), y tampoco consigue superar el dilema arcaísmo-modernidad, difícilmente se consolidará un régimen conservador.

Además, la tendencia árabe progresista no está muerta, aunque sí deteriorada —por fallos imputables tanto a los propios regímenes socialistas árabes como a los ataques que éstos han sufrido desde dentro y desde fuera—, y va a seguir actuando, ya en un claro enfrentamiento con la tendencia conservadora, ya en la aceptación, durante un tiempo, de fórmulas de convivencia y acoplamiento con ella. En esto la actuación de las grandes potencias va a ser decisiva.